

DOI: <https://doi.org/10.33182/y.v3i1.2393>

A contra punto: cuatro reflexiones del libro “Movimientos sociales en América Latina” de Ronaldo Munck.

Pablo Pozzi¹, traducción de: Joaquina De Donato

El último libro de Ronaldo Munck, acerca de movimientos sociales en América Latina, es una grata contribución al debate en curso sobre los movimientos de protesta en el siglo XXI. Como la introducción indica, Munck trata de evitar los escollos de -lo que él denomina- “la validez universal de lo que a veces se conoce como “teoría de los movimientos sociales”, vista como una disciplina autónoma”. El resultado es un libro atractivo, bastante fácil de leer y desafiante.

El libro comienza con la pregunta: “¿qué es un movimiento social?”. La respuesta está ligada a la definición de Mario Diani: “redes de interacción informal entre una pluralidad de grupos individuales y/u organizaciones, comprometidos en conflictos políticos o culturales, sobre la base de una identidad compartida”. Luego de aclarar que los movimientos sociales no son, necesariamente, progresistas, Munck avanza para analizar una amplia variedad de movimientos: obreros, campesinos, mujeres, indígenas, comunitarios, ecologistas. Dichos son considerados en contraposición a los gobiernos y partidos políticos que Munck, por momentos, califica como progresistas, por otros como de centro-izquierda y por último como de izquierda. Esto le sirve para plantear una conclusión política que es tan discutible como desafiante (capítulo 10: caminos hacia adelante). Munck sostiene: “la construcción de un pueblo para ganar elecciones y transformar a la sociedad no puede lograrse desde una posición de absoluta exterioridad (crítica, por ejemplo, al kirchnerismo por su política nacional-popular en lugar de explícitamente socialista) y sin comprender el regateo que construye alianzas políticas o la exitosa conexión con el movimiento obrero y otros movimientos sociales, todo lo cual ha ayudado a forjar una nueva -y potencialmente hegemónica- fuerza política (páginas xii y xiii).

Me gustaría aprovechar esta oportunidad, no para discutir el libro en su totalidad y riqueza, sino para considerar tres aspectos. Primero, la cuestión de los movimientos sociales considerada, como Munck nos pide, “anclando” el sujeto. Segundo, la cuestión de los nuevos movimientos políticos en América Latina, a veces llamados “marea rosa”. Y tercero, derivado de lo anterior, la conclusión política.

Mi primera preocupación fue que la definición de Diani de movimientos sociales abarca casi todo, sea izquierda, derecha o grupos apolíticos. De hecho, aunque Munck se refiere al pionero trabajo de Fox Piven y Cloward, elude el hecho de que ni una sola vez estos utilizan el término “movimientos sociales”, sino que se refieren a “movimientos de protesta” proletarios (entendido en una definición más flexible que la de Lenin) como formas de resistencia de la clase obrera. Siendo así, mi sensación es que Fox Piven y Cloward

¹ Universidad de Buenos Aires, Argentina. Correo electrónico: pablo.pozzi@yahoo.com.ar



probablemente rechazarían la definición insulsa y englobante de Diani, especialmente porque mantienen una forma de análisis basada en la clase y no en las identidades.

De hecho, una vez que “anclamos” la pregunta “¿qué es un movimiento social?” esta se vuelve más escurridiza y compleja de responder. Consideremos brevemente a la Argentina. En las últimas tres décadas se han producido innumerables protestas que abarcan desde el desempleo hasta cuestiones de género, pueblos originarios, jubilados y pensionistas, “juventud” y varios miles de lugares de trabajo bajo control obrero. Todas estas protestas desarrollaron formas de organización, propuestas y tácticas específicas. Por ejemplo, a pesar de que todas se movilizan en las calles, las organizaciones de desempleados tienden hacia el corte de calles y la creación de cooperativas. Coinciden con los pueblos originarios (en particular la nación Mapuche) en términos de ocupación de tierras. Pero difieren en las razones por las cuales lo hacen (los desempleados para construir casas; los Mapuches demandando la recuperación de tierras ancestrales). Por otro lado, protestas que hacen foco en cuestiones de género y sus organizaciones, no recurren a estas tácticas, sino que se enfocan, mayormente, en reformas educativas y legislativas. Quizás esta es la razón por la cual, cuando en Argentina los políticos se refieren a los “movimientos sociales”, aluden a las organizaciones de desempleados y no a los pueblos originarios o a los grupos que abogan por cuestiones de género. Esto también oscurece un problema derivado de la definición de Diani: la principal forma de identificación de los miembros de los movimientos de desempleados es como obreros, en otras palabras, está arraigado en la clase, no en identidades. Lo mismo puede decirse de las varias protestas entre capital y trabajo en Argentina. La mayoría de ellas ocurren por fuera de estructuras sindicales institucionalizadas y han desarrollado formas de organización propias. La similitud entre ambos movimientos se sugiere a partir de los nombres que adoptan. Por poner un ejemplo, algunas de las principales formas de organización de desempleados son el “Polo Obrero” y la “Corriente Clasista y Combativa”. Al mismo tiempo, algunas organizaciones de base son llamadas “Movimiento de Agrupaciones Clasistas” o “Corriente Sindical Rompiendo Cadenas”. Al menos en Argentina, lo que aparentan ser movimientos arraigados en la identidad tienen fuertes trasfondos y clivajes de clase. Así, una definición de movimientos sociales basada en “identidades compartidas”, aunque seductora, simplifica en exceso un fenómeno complejo que tiende a resignificar tendencias pasadas y darles un nuevo significado.

Un problema similar sale a la luz cuando consideramos los gobiernos de la “Marea Rosa”. Tanto los Kirchner, como Lula, Chávez, Evo, Mugica, Correa, Ortega, todos son considerados similares por los observadores externos. Y, sin embargo, numerosos conflictos entre ellos sugieren diferencias, como las que existen entre el uruguayo Mugica y el boliviano Evo Morales, por un lado, y los Kirchners, por otro (por ejemplo, Mugica a menudo se refirió a Néstor Kirchner como “el tuerto”). Lo mismo puede decirse en cuanto a sus políticas e ideas. Chávez era partidario de lo que denominaba “socialismo del siglo XXI”, mientras que Evo Morales insistía en la creación de una sociedad plurinacional con profundas raíces en las tradiciones indígenas. Lula, por su parte, en su alianza con Igreja Universal y el PMDB, nunca planteó nada tan radical. Y los Kirchner han repetido a menudo que no son de “izquierda”, sino que representan una modernización del peronismo. Estas nociones impactaron sobre sus políticas del gobierno. Por ejemplo, Chávez se hizo cargo de la corporación petrolera de Venezuela (PDVSA) y utilizó sus considerables ingresos para desarrollar varios programas sociales (al margen de que, al parecer, hubo mucha corrupción). Los Kirchner, a pesar de su retórica, no hicieron nada parecido. Su nacionalización de YPF implicó convertirse en el accionista mayoritario mediante la compra de acciones a la española Repsol. Como tal, YPF



sigue siendo una corporación privada, impulsada por las ganancias, el pago de dividendos y la venta de acciones en Wall Street. Lo mismo puede decirse de Lula y Evo Morales. Al menos hasta el 2010, las políticas de Evo implicaron una amplia redistribución de la renta, que difería significativamente de la política de dádivas gubernamentales implementada por Lula.

Las diferencias de enfoque son reveladoras en términos de apoyo popular. Cuando Dilma Rousseff fue derrocada en un golpe de estado parlamentario, Lula y su PT fueron incapaces de movilizar ningún tipo de protesta significativa. Esto a diferencia de Bolivia, donde el golpe orquestado por Jeanine Añez encontró una importante resistencia y represión, que terminó cuando Añez aceptó nuevas elecciones, aunque sin Evo como candidato. En Argentina, uno de los éxitos de los Kirchner fue la elección del 2015. Por primera vez en su historia, fue elegido un candidato abiertamente de derecha. Mauricio Macri tuvo el dudoso honor de ser el primer candidato presidencial que ni siquiera se molestó en enmascarar sus propuestas neoliberales. Veinticinco años antes, Carlos Menem había prometido una “revolución productiva y un salarizado” y una vez elegido hizo exactamente lo contrario.

¿Qué -si es que algo- tienen en común estos gobiernos? En primer lugar, todos tendieron a aceptar premisas neoliberales, como que la propiedad privada es intocable y que se combate a las grandes corporaciones económicas creando las propias. En segundo lugar, creyeron en la redistribución de la riqueza como resultado de subsidios gubernamentales, y no como algo derivado de la creación de puestos de trabajo (especialmente pleno empleo). Siendo así, el índice de desempleo tendió a mantenerse cercano a aquel de los años 90. Tercero, no intentaron desarrollar sus economías de forma integral, rompiendo el ciclo de las exportaciones. Esto significó que cuando el precio de las materias primas cayó después del 2009, su situación se volvió crítica. Sin embargo, es evidente que no todos eran iguales. Evo y Chávez eran reformistas en un sentido socialdemócrata más tradicional. Ninguno de los dos era marxista en ningún sentido del término. Lula, los Kirchner, Ortega y Correa son, en el mejor de los casos, conservadores populistas. De hecho, Ortega tiene un fuerte componente de misticismo; no es casualidad que sus políticas sanitarias, en medio de la pandemia de COVID, fueran similares a las de Bolsonaro, o que haya desmantelado muchas de las reformas sandinistas originales. Y los cuatro han sido acusados (y en el caso de Lula condenado) por corrupción. Es interesante que la respuesta de los kirchneristas a estas acusaciones haya sido doble. Primero, afirman que Mauricio Macri, que sucedió a Cristina en 2015, era “más corrupto”, no que ella no lo fuera. Y segundo, que su corrupción se hizo para obtener fondos suficientes para luchar contra las grandes corporaciones. Es de esperar que esta pérdida total de brújula moral y ética, no sea lo que Munck denomina “regateo político” (political horse trading).

En este sentido, no tengo ni idea de quién, si es que alguien, ha estado “criticando al kirchnerismo por su política nacional-popular y no explícitamente socialista”. Siempre hay personas y grupos que pretenden que otros movimientos sean lo que ellos quieren que sean, y no lo que son. Pero la mayoría de las críticas por parte de la izquierda tiende a centrarse, sobre todo, en el abismo entre el discurso y las políticas aplicadas. Por ejemplo, a pesar de su narrativa, después de 13 años de gobierno, con una mayoría absoluta en ambas cámaras del Congreso, los Kirchner nunca propusieron una ley en favor de la legalización del aborto, de reforma de las leyes laborales o de la agricultura, o leyes para proteger el medio ambiente; lo que es mucho peor, la persona que sí presentó una ley en pos de la legalización del aborto al Senado, y que desarrolló una especie de política ambiental, fue el abiertamente neoliberal y

católico Macri. Al mismo tiempo, los Kirchner también han sido criticados por muchos de los peronistas más tradicionales que consideran que han secuestrado el movimiento y abandonado sus premisas reformistas. El hecho de que un peronismo unido haya podido derrotar a Macri en 2020 no puede ocultar este hecho. El gobierno de Cristina Kirchner entre 2011 y 2015 fue un desastre, por eso ganó Macri. Macri también fue un desastre socioeconómico, y los votantes enfrentados a él o a la anterior coalición peronista, votaron por los últimos con la esperanza de que los Kirchner hubieran aprendido de la derrota de 2015. El hecho de que no lo hayan hecho se refleja en todas las encuestas que indican que los dos líderes políticos más odiados en Argentina (octubre de 2020) son Mauricio Macri y Cristina Kirchner.

Por último, pero no menos importante, Munck se refiere al “regateo político” (horse trading) como la capacidad de hacer tratos y mantener compromisos y promesas para llegar a acuerdos políticos. Este es un aspecto esencial para construir una alternativa política viable. Sin embargo, tiendo a pensar que las alianzas políticas no se construyen sólo con el “regateo” a menos que se tenga una visión posmodernista de la política y lo único que cuente sea una mezcla de narrativa y beneficios personales. En cierto sentido, Lula, los Kirchner y Correa parecen haber creído, no en los principios, sino en el “regateo” en su sentido absoluto. Es por eso que sus alianzas incluyeron a fuerzas políticas y políticos contradictorios entre sí, tanto en ideas como en trayectoria, como la Iglesia Universal, el PMDB y el PT. Líderes como Lula parecen haber ignorado que las políticas, las ideas, el liderazgo, la confianza y la organización a lo largo del tiempo entran en juego a la hora de construir una coalición. Obviamente, hay que tener en cuenta cómo se reparte el botín político. Pero cuando es la única consideración, la coalición política se convierte en una batalla real. El vicepresidente Michel Temer traicionó a Dilma votando su destitución; Lenin Moreno se convirtió en presidente de Ecuador gracias al apoyo de Rafael Correa sólo para volverse contra su benefactor una vez en el cargo; el kirchnerismo está lleno de ex peronistas, trotskistas, comunistas y radicales (miembros del partido de centro derecha UCR) que sólo parecen unidos en el esfuerzo por permanecer en el cargo.

Quizás lo más importante es que la sociedad y la política en América Latina están en un estado de cambio. No sólo han surgido nuevos políticos y partidos, sino que hay nuevas organizaciones sociales, con estrategias y tácticas que habrían sido impensables hace apenas unas décadas. Surgen muchos fenómenos nuevos que no han cuajado en lo nuevo. Lo viejo se niega a morir, mientras que lo nuevo no termina de nacer. Quizás sería más útil volver a los modelos teóricos más flexibles de E.P. Thompson y Raymond Williams, en lugar de Barrington Moore, que no sólo está un poco anticuado, sino que tiene una serie de problemas, al menos, para el historiador.

Investigación sobre movimientos sociales, clase y protesta

Sian Lazar², traducción de: Joaquina De Donato

Hay muchas cosas en marcha en *Social Movements in Latin America. Mapping the Mosaic*. Aprecio especialmente las discusiones críticas de la economía política cultural, de la autonomía, de las críticas de la izquierda a los gobiernos progresistas, pero extractivistas, y la petición de tener

² Universidad de Cambridge, Reino Unido. Correo electrónico: sl360@cam.ac.uk



en cuenta el desorden de la política cuando se analizan movimientos sociales. También acojo con satisfacción la perspectiva histórica y el enfoque de estudio de casos, y soy consciente de que ningún libro que abarque movimientos de trabajadores, campesinos, comunidades, mujeres, pueblos originarios y ambientalistas, describirá cada uno de ellos con el detalle que sería posible si se aplicara un enfoque más limitado. Por supuesto, se trata de mostrar el mosaico, al tiempo que se destaca cómo las identidades se solapan constantemente: las mujeres son obreras, campesinas, activistas de barrio, indígenas, ecologistas; los campesinos son obreros, activistas territoriales, indígenas, mujeres, ecologistas, etc.

No tendría sentido criticar al libro por su enfoque de mosaico, pero me han pedido que piense en una agenda para futuras investigaciones sobre movimientos sociales. Así que abogaría por una mezcla entre este tipo de enfoque y estudios de mayor profundidad. Mi formación como antropólogo hace que esto sea inevitable, pero creo que también proviene de una perspectiva ligeramente diferente sobre el propósito de la comparación. Para mí, la comparación no tiene tanto que ver con la posibilidad de generalizar o de generar un marco que permita una evaluación coherente en diferentes contextos y movimientos. Más bien, al ubicar a la par análisis detallados de diferentes casos, puede esperarse que se iluminen mutuamente y sugieran preguntas a partir de un material común (Lazar, 2012). Con ese espíritu, aquí parto de lo que sé sobre los movimientos sociales que mejor conozco, los cuales atraviesan (a grandes rasgos) Argentina y Bolivia, especialmente los movimientos laborales en ambos países, pero también en cierta medida un poco más allá.

Al pensar en las formas en que me gustaría llevar adelante la agenda de Ronnie Munck, el primer aspecto que me gustaría destacar es la clase. A continuación, pasaré a hablar de la protesta social en contraposición al movimiento social.

Mi primera observación es que los movimientos de trabajadores están cambiando a medida que los trabajadores cambian, quizás de dos maneras significativas. En primer lugar, como señala Munck, los trabajadores precarizados del sector informal son un importante colectivo para los movimientos obreros regionales, aunque los sindicatos tradicionales no hayan hecho un buen trabajo movilizándolos. Sin embargo, hay señales esperanzadoras: en Argentina, hay iniciativas muy importantes para la sindicalización de los trabajadores de la economía popular -como muestra el trabajo de María Inés Fernández Álvarez con la CTEP (Centro de Trabajadores de la Economía Popular) (Fernández Álvarez, 2019)- y en la plataforma económica (por ejemplo, el sindicato ASIMM que moviliza a los mensajeros y ciclistas de reparto).³

Curiosamente, estas organizaciones operan sobre bases bastante tradicionales y están asociadas a los sindicatos peronistas tradicionales, más que a un movimiento obrero más autónomo. Mientras tanto, hay iniciativas independientes más pequeñas, incluso con grupos informales y difíciles de aprehender, como el de las costureras inmigrantes. En Brasil, el sindicato de empleados domésticos ha sido muy activo en las últimas décadas y formó parte de la campaña internacional para el Convenio de la OIT sobre Trabajadores Domésticos acordado en el 2011 (Convenio 189 de la OIT); los sindicatos de trabajadores domésticos son muy activos en toda la región. En 2015, los jornaleros agrícolas de Baja California (México) se movilizaron de forma bastante dramática a favor de sindicatos independientes, aumentos salariales, inscripción en el sistema nacional de salud y contra los abusos y el acoso sexual por

³ Véase: <http://www.asimm.org.ar/>

parte de los supervisores del campo (Zlolniski, 2019). Lo que quiero decir no es que la densidad sindical en el sector informal se parezca en nada a lo que hubo en entornos industriales más formales, sino que formas de revitalización sindical no se limitan únicamente a los clásicos sindicatos por empresa. Deberíamos estar atentos a esta evolución.

En segundo lugar, los clásicos sindicatos por empresa están cambiando de forma -al menos esto es cierto en Argentina, donde primero los camioneros, y luego los trabajadores del sector bancario y público, han tomado en las últimas décadas las estructuras de poder de la CGT (Confederación General del Trabajo), antes completamente dominada por los obreros industriales. Hoy en día los sindicatos peronistas de empleados estatales y de maestros son políticamente influyentes dentro del peronismo, pero también como bloques de poder por derecho propio. Otro sindicato de empleados estatales, la ATE, adopta una posición autónoma con respecto a los partidos políticos, pero conserva un considerable poder de movilización. En México, uno de los sindicatos más poderosos (y también más disputado internamente) es el de los maestros. Se trata -quizás- de un movimiento de clase media, aunque compuesto por hijas e hijos de obreros. Pero también lo son los emergentes sindicatos de ciclistas y ciclomotores que reparten para Glovo o Rappi en la ciudad de Buenos Aires; allí, al menos hoy en día, suelen ser migrantes venezolanos altamente educados (y rara vez chavistas).

Al considerar las perspectivas de los movimientos sociales en la región, también podríamos incluir en nuestro marco a otros sujetos de clase media, como las mujeres del movimiento #NiUnaMenos, muchas de las cuales son estudiantes universitarias. Y a mi amigo boliviano, que tiene su propio negocio de costura de camisetas para la venta en Buenos Aires. Él y su esposa solían vender las camisetas en el enorme mercado negro de La Salada, pero desde 2019 venden al por mayor vía WhatsApp. Todo esto podría sugerir que un análisis de los cambios en la composición de clase en la región sería bastante importante para la investigación de los movimientos sociales y podría llevarnos a repensar algunas de nuestras suposiciones. Hay excelentes trabajos sobre el ascenso de las clases medias en América Latina (por ejemplo, López Pedreros, 2019), pero creo que hay más que decir al respecto dentro de la investigación de los movimientos sociales.

Un análisis específicamente latinoamericano sobre la composición de las clases y los movimientos sociales podría también profundizar en la noción de las clases populares, y relacionarla con el planteo de García Linera sobre los movimientos plebeyos y la multitud urbana (García Linera, 2000). No sé a dónde nos llevaría esto, pero creo que tendríamos que tomar en serio el hecho de que las clases populares/plebeyas no son siempre tan “de izquierda” como los profesionales con formación universitaria querrían que fueran. Muchos de mis amigos pensaban que eran las 'clases medias' las que habían elegido a Mauricio Macri en 2015, pero los mapas de patrones de voto no siempre lo confirman. Tampoco creo que el apoyo a Bolsonaro en 2018 estuviera restringido a las élites. Si lo hubiera sido, no habría tenido tanto éxito. Las protestas contra Dilma en 2016 y contra Evo en 2019 pusieron en jaque las asociaciones fáciles entre los movimientos sociales, las clases populares y los gobiernos de izquierda. Ciertamente, sus partidarios organizados (el PT y el MAS, respectivamente) podrían ser caracterizados como “populares”, pero si queremos llamar a sus oponentes “clase media”, entonces debemos al menos reconocer que la “clase media” es ahora una categoría increíblemente amplia que cruza una amplia gama de niveles de ingresos y condiciones de vida.



Las clases medias también están muy dispuestas a participar en estrategias de movimientos sociales con fines tanto progresistas como conservadores, y en esto discrepo con Munck en su intento por distinguir la protesta social de los movimientos sociales. Tal vez las protestas contra la victoria electoral de Evo en noviembre de 2019 fueron sólo eso, protestas. Pero me pregunto en qué se diferenciaron realmente de los disturbios en Ecuador o de las protestas antineoliberales en Chile por la misma época, más allá de que sus políticas no encajaban del todo con las nuestras o con lo que esperamos de la gente en las calles. Sospecho que sería un error imaginar que cualquiera de estas protestas fue totalmente espontáneas, surgidas de la nada y sin organización. El reto para los investigadores es comprender exactamente qué tipo de tecnologías organizativas se esconden detrás o en las sombras. Sabemos que la oposición democrática (y antidemocrática) a Evo se estaba construyendo desde el referéndum sobre un cuarto mandato celebrado en febrero de 2016, y es probable que las redes sociales de entonces se movilizaran de nuevo en 2019, conduciendo a un resultado que muchos participantes deben haber encontrado, con posterioridad, profundamente incómodo. Se podría decir que el ascenso de Bolsonaro -en un nivel- tiene algunas similitudes en sus formas con el ascenso del PT como movimiento social, sólo que, con las iglesias evangélicas en lugar de los sindicatos como su base organizativa, y con la adición de usos oscuros de las tecnologías de las redes sociales, especialmente WhatsApp. Volviendo a Bolivia, en una nota reciente, una científica de datos de Facebook describió cómo “encontró “actividad inauténtica en apoyo al candidato presidencial de la oposición [en Bolivia] en 2019” y decidió no priorizarla”;⁴ y muchos de mis amigos, por lo demás progresistas, ciertamente compartieron historias escabrosas sobre la corrupción y la inmoralidad de Evo Morales en WhatsApp y Facebook. Movimientos más progresistas también han utilizado las redes sociales para organizar y movilizarse. #NiUnaMenos es un ejemplo especialmente poderoso, y tal vez bastante similar a las formas de movilización de la derecha en términos de redes, aunque por supuesto -y muy importante- sin la iglesia, las noticias falsas y el proyecto electoral.

Para Munck, el transnacionalismo parece ser un indicador del éxito de los movimientos sociales, y aquí también podemos ver formas no institucionalizadas de algo que se parece, al menos, a los movimientos sociales más institucionalizados que él destaca. En el lado progresista, yo señalaría la notable difusión de la protesta feminista “un violador en tu camino”.⁵ Y al igual que las causas feministas pueden atravesar países y continentes, también pueden hacerlo los movimientos culturales y políticos antifeministas. Yo diría que hay que tenerlos en cuenta como movimientos sociales, que tienen organización e influencia. Las objeciones conservadoras a la “ideología de género” echaron por tierra el referéndum del proceso de paz colombiano en 2016 y llevaron a Bolsonaro al poder en 2018. Los opositores a Dilma y Evo promovieron una retórica que, al menos desde fuera, parecía más “progresista”, argumentando que defendían la democracia y se oponían a la corrupción, tópicos que tienen un enorme poder en toda la región.

La investigación de los movimientos sociales en América Latina se ha complicado a medida que los límites entre la izquierda y la derecha parecen más borrosos. La derecha ha recogido las tácticas y la retórica de los movimientos de izquierda y lo ha hecho con mucho éxito. Las protestas en el este de Bolivia en 2009 fueron una versión temprana de esto en su última oleada; pero probablemente una investigación histórica podría iluminar las continuidades

⁴ Véase: <https://www.buzzfeednews.com/article/craigsilverman/facebook-ignore-political-manipulation-whistleblower-memo>

⁵ Véase: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-50694888>

entre gran parte de la movilización de la derecha de hoy y los movimientos a favor de la dictadura en la década de 1970. Es decir, esta ambigüedad puede parecer nueva, pero también puede ser que sólo recientemente hayamos empezado a reconocerla adecuadamente. Es cierto que las protestas masivas que abogaron por la “seguridad ciudadana” y las políticas de “mano dura” en Argentina en la década de 2000 y principios de 2010 tenían vínculos con la dictadura tanto en la retórica como en el personal, al tiempo que se basaban en modos de movilización nacional-popular de larga data.

Creo que las lecciones para los investigadores son: en primer lugar, no debemos limitarnos a una perspectiva puramente institucional, sino ser creativos a la hora de pensar lo que es un movimiento social; y en segundo lugar, debemos asegurarnos de explorar las trayectorias históricas de cada ola de movilización y organización. Sólo fue necesario rascar la superficie de las protestas de febrero y octubre de 2003 en El Alto, Bolivia, para ver cómo una forma más organizada subyacía a la dinámica de la movilización en ese momento (Lazar, 2008). Y la victoria electoral del MAS en octubre de 2020 nos ha mostrado el poder duradero de esa organización social y política subyacente. Ese reconocimiento podría darnos una perspectiva metodológica sobre cómo navegar el problema de la relación entre la protesta social y el movimiento social, explorando lo que da forma a la agencia y a la acción colectiva en tiempos ordinarios, y cómo esa experiencia influye en los momentos extraordinarios.

Referencias

- Fernandez Alvarez, María Inés (2019) “Having a name of one’s own, being part of history’: temporalities and political subjectivities of popular economy workers in Argentina” en *Dialectical Anthropology* n° 43.
- García A, Gutiérrez R, Prada R (2000) *El retorno de la Bolivia plebeya*, La Paz: Muela del Diablo editores.
- Lazar, Sian (2008) *El Alto, Rebel City: Self and Citizenship in Andean Bolivia*, Durham: Duke University Press.
- Lazar, Sian (2012) Disjunctive comparison: Citizenship and Trade Unionism in Bolivia and Argentina en *Journal of the Royal Anthropological Institute* n°18.
- López Pedreros, Ricardo (2019) *Makers of Democracy. A Transnational History of the Middle Classes in Colombia*. Durham, NC: Duke University Press.
- Zlolski, Christian (2019) Coping with precarity: subsistence, labor, and community politics among farmworkers in northern Mexico. *Dialectical Anthropology* n°43.

Mapeando el mosaico de los movimientos sociales latinoamericanos

Sam Halvorsen⁶

El último libro de Ronaldo Munck, *Social Movements in Latin America*, es una adición bienvenida a la literatura anglófona. Durante varias décadas los movimientos sociales han sido uno de los rasgos más característicos del panorama político y cultural de América Latina. A pesar de algunos trabajos tempranos, como *The Making of Social Movements in Latin America* de Arturo Escobar y Sonia Álvarez, solo recientemente los textos del tamaño de un libro proporcionaron a los lectores ingleses una visión general actualizada de los movimientos de la región. De ellos, la intervención de Munck es un ejemplo destacado del desafío crucial tanto para los especialistas regionales como para los estudiosos de los movimientos: dar sentido a los movimientos sociales desde ya través de la lente de América Latina.

⁶ Universidad Queen Mary de Londres, Reino Unido. Correo electrónico: sl360@cam.ac.uk



Como geógrafo, aprecié la estrategia de Munck para realizar esta tarea al "mapear el mosaico" de movimientos en la región, que consiste en un proceso dialéctico de juntar las partes y el todo mientras se rechazan los binarios reduccionistas. Crucialmente, evita la tendencia historicista de estructurar el argumento a lo largo de una narrativa lineal y, en cambio, se mueve a través de categorías latinoamericanas clave: trabajadores, campesinos, comunidad, mujeres, indígenas y medio ambiente. Aunque uno podría agregar a la lista: Afro Latinx; democratización; derechos humanos; LGBT; alojamiento; y así sucesivamente, todos ellos encuentran su camino, en diferentes grados, en el marco existente.

Además, y quizás lo más significativo, es que el mosaico de Munck también está explícitamente informado por un rico mapa de enfoques teóricos latinoamericanos, colocados en diálogo con debates epistemológicos relevantes de América del Norte y Europa. Este enfoque abierto a la teorización es refrescante y apropiado para los movimientos de la región que también se han movilizado en la intersección de las ideas y prácticas arraigadas en sus experiencias coloniales y luchas poscoloniales. Las críticas decoloniales en curso, que se representan con frecuencia en el debate anglófono, pueden acusar a Munck de subestimar las cuestiones de raza tanto en la empírica como en la epistemología; sin embargo, en su defensa de él, la selección de casos e ideas parece una representación justa de las principales fallas en la región.

En lo que sigue, elaboro estas dos preguntas: cómo mapear movimientos; y desde dónde (o de quién) teorizar – para continuar con algunas de las implicaciones para quienes trabajamos en y con los movimientos sociales latinoamericanos desde la perspectiva que más conozco: la geografía. Como ya se indicó, el libro de Munck va contra la corriente de los enfoques anglófonos dominantes de los estudios de los movimientos sociales que siguen atados a un historicismo lineal y tienden a minimizar la importancia de la espacialidad. Los movimientos y académicos latinoamericanos han demostrado una gran sensibilidad espacial en las últimas décadas y *Mapping the Mosaic* es en muchos sentidos un reflejo de ello. Entonces, ¿cómo podemos tomar en serio las provocaciones de Munck e implementarlas en nuestra práctica? Aunque me concentro aquí en el lado académico de esta pregunta, el texto también es de gran valor para informar la discusión activista (de hecho, los dos están profundamente relacionados en la región como en el libro).

Como Munck analiza en el libro, categorías como “trabajadores” se han vuelto cada vez más abstractas en las últimas décadas y el territorio (o comunidad) ha informado cada vez más las experiencias vividas (e identidades, agravios, etc.) de los movimientos sociales. El trabajo de Munck es un excelente trampolín hacia una cartografía relacional de movimientos que no solo parte de la experiencia vivida, sino que también intenta trazar las escalas en las que se desarrollan las luchas. Hacerlo debe implicar un claro reconocimiento de la relación tanto dentro como entre los territorios y, en este sentido, la generosa lectura de la agencia y la diferencia de Munck, basada en una visión esperanzadora pero crítica de los movimientos, es un punto de partida ideal y nos aleja del demasiado romántico. Lecturas que algunos autores han aportado al territorio como categoría de autonomía y resistencia.

En segundo lugar, el libro plantea preguntas clave sobre la geografía de la teoría que requerirán más trabajo. Como dice Munck:

El propósito de este texto es realizar un mapeo político preliminar de la amplia gama de movimientos sociales que han impactado en la sociedad latinoamericana. Busca desarrollar un

lente teórico específicamente latinoamericano y no solo replicar o “aplicar” las teorías dominantes desarrolladas en las muy diferentes situaciones del Atlántico Norte. Como parte del giro decolonial, buscaré desarrollar un marco teórico que se base no solo en lo mejor de la teoría social internacional, sino también en las acciones y el pensamiento social indígena en América Latina, como la mejor manera de proporcionar un lente adecuado para futuras investigaciones. estudio de los movimientos sociales duraderos e innovadores de la región.

Hay un compromiso político y ético implícito de tomar en serio el pensamiento “indígena”, pero también hay un punto empírico importante. ¿Hasta qué punto las ideas y los marcos analíticos desarrollados para/por movimientos en diferentes momentos y lugares del mundo pueden simplemente copiarse y pegarse en un contexto latinoamericano? Además, y siguiendo con lo anterior, ¿en qué medida América Latina es la escala más adecuada para definir enfoques teóricos y analíticos? Responder a estas preguntas está claramente más allá del alcance del libro de Munck, y mucho más allá de la capacidad de esta revisión, pero creo que proporcionarán una tarea necesaria en un momento en que los estudios latinoamericanos se encuentran en una posición institucional cada vez más precaria, como el reciente anuncio sobre el cierre previsto del Instituto de Estudios Latinoamericanos lo demuestra.

Un argumento clave del libro, y uno que la comunidad de estudios latinoamericanos debe seguir presentando en sus (inter)disciplinas, es que América Latina no es solo una región rica en material empírico; es una fuente crucial de teoría social que, a su vez, es tan probable que tenga relevancia para otras regiones del mundo como lo son las teorías europeas/norteamericanas para la región. América Latina es importante para nuestra beca y debemos tomarla en serio. Sin embargo, las formas en que debemos utilizar los conocimientos latinoamericanos siguen sin estar claras. Un punto de partida productivo, al emprender ejercicios de mapeo como el de Munck, será no solo mapear prácticas sino también ideas, teniendo en cuenta la discusión anterior sobre relacionalidad, territorio, etc. Las ideas surgen en lugares particulares, viajan, se cruzan y están en constante movimiento. El rastreo geográfico de ideas se ha buscado con más rigor en los estudios urbanos (específicamente, la movilidad política) en los últimos años, y se puede aprender mucho de él. Sin embargo, es importante que nuestros puntos de partida estén en los lugares y movimientos específicos a través de los cuales se crean, practican y representan los conocimientos.

Munck hace la mayoría, si no todo, de lo anterior en este majestuoso texto y su principal limitación es que llega a su fin y nos deja la tarea de un mapeo continuo de los movimientos tanto empíricos como teóricos. Esta es una tarea que es crucial no solo para el futuro precario de las luchas políticas en la región, sino para proporcionar las herramientas necesarias para el análisis crítico en un momento de mayor incertidumbre y precariedad en todo el mundo.

Política ‘silenciosa’ y movimientos sociales en América Latina

Mo Hume⁷

En su convincente libro *Movimientos sociales en América Latina*, Ronaldo Munck logra explorar los diversos debates sobre los movimientos sociales en América Latina y establece una ambiciosa agenda de investigación. Basándose en Julio Cortázar, Munck se niega a 'buscar

⁷ Universidad de Glasgow, Reino Unido. Correo electrónico: Mo.Hume@glasgow.ac.uk



constantemente orden y explicaciones racionales para los estallidos a veces inexplicables del deseo de libertad', pero al mismo tiempo su mapeo cognitivo de los movimientos sociales en América Latina y su compromiso detallado con los movimientos realmente existentes produce un análisis reflexivo y matizado desde una perspectiva latinoamericana. Centrar los capítulos en torno a la teoría, los actores, los espacios y los problemas permite que las "piezas" separadas del "mosaico" surjan en toda la región. Interroga cuidadosamente los relatos del 'proceso de transformación social realmente existente' (p. 24) -de académicos, activistas, académicos activistas- y aunque se resiste a marcos teóricos nítidos y necesariamente incompletos, su cuidadosa interrogación de la 'gramática política emancipadora[s]' (p. 27) de los movimientos a través del tiempo y el espacio proporciona contexto y suscita preguntas. El libro ofrece una intervención necesaria y crítica en los debates sobre la investigación de los movimientos sociales.

Se me ha pedido que reflexione sobre este texto con referencia a movimientos con los que estoy familiarizada y que piense en posibilidades para futuras investigaciones. En lugar de involucrarme con una variedad de movimientos y temas apremiantes, lo que Munck hace de manera integral en el texto, he decidido centrarme en un grupo de mujeres salvadoreñas e intentar lidiar con lo que creo que son preocupaciones apremiantes para las activistas en contextos de alta violencia. Con esto en mente, para mí el desafío más importante que plantea el análisis de Munck es pensar en las formas en que 'los conocimientos subalternos latinoamericanos pueden hacer una contribución genuina a la búsqueda actual de un orden social sostenible y equitativo' (pág. 24). Entre otras preguntas, esto arroja tres temas interconectados que Munck identifica como centrales para la investigación de los movimientos sociales: relatos relacionales de agencia, los espacios de acción y la relación entre poder y resistencia. Gran parte de mi propia investigación se ha realizado en América Central, principalmente en la zona urbana de San Salvador y, más recientemente, en la zona rural de Chocó en Colombia. Si bien son espacios políticos, económicos y socioculturales muy diferentes, ambos están conformados por una intensa violencia que se entrecruza con las relaciones sociales, políticas y económicas de múltiples formas. Reflexionar sobre ambos contextos exige prestar atención a estas intersecciones y las formas en que la violencia multifacética dinamiza y limita el espacio de acción de los movimientos.

En el centro de los debates sobre los movimientos sociales ha sido la interacción continua entre un enfoque necesario en la agencia de los movimientos y las fuerzas estructurales que dan forma tanto a la necesidad del activismo como al terreno en el que tiene lugar. Munck argumenta hábilmente, por ejemplo, que la "presentación del mosaico de movimientos sociales debe ser dinámica e historizada" y "solo puede entenderse dentro de la totalidad de las relaciones en las que existen". Sus elecciones estratégicas también son relacionales" (p. 120). Estoy de acuerdo en que esta descripción dinámica e historizada de los movimientos sociales como relacionales articula tanto una agenda necesaria para la investigación como un desafío para los investigadores. ¿Cómo podemos capturar este dinamismo a través del tiempo y el espacio? ¿Hasta qué punto sería posible explorar "la totalidad" de las relaciones en contextos complejos y cambiantes, especialmente marcados por múltiples violencias? Hago estas preguntas por un deseo genuino de abordar cómo las complejidades en evolución de la violencia y los actores violentos dan forma a los espacios de acción de los movimientos sociales en toda la región.

Munck nos invita a pensar más críticamente sobre la agencia y estoy de acuerdo en que su descripción relacional de los movimientos sociales es particularmente provocativa en este sentido. Un análisis relacional necesariamente ubica la agencia dentro de “redes de relaciones sociales” dinámicas (Cumbers et al., 2010). Tal articulación rechaza las concepciones dominantes (liberales) de "agencia" que se refieren a la capacidad de acción de un individuo, sin restricciones por las dinámicas sociales y políticas estructurales (Ahearn, 2001). En su lugar, reconoce un análisis de agentes y estructuras como "codeterminados" (Wendt, 1987), situados (Williams, 2015) y, por lo tanto, dinámicamente "enredados" dentro de relaciones sociales más amplias (Muñoz, 2016). Esto habla claramente de la proposición de Munck de que el poder y la resistencia se constituyen conjuntamente y se negocian constantemente.

Desde 2007, he estado trabajando con grupos de mujeres en El Salvador que están haciendo campaña para prevenir la violencia de género. Si bien estos grupos ciertamente se articulan con el movimiento feminista más amplio en El Salvador, a menudo canalizado a través de ONG, en torno a temas como los derechos reproductivos, la sexualidad, los derechos de las mujeres y los derechos laborales. Estos activistas priorizan lo ‘local’ como su espacio de acción. Esto es a la vez una estrategia y una necesidad. Su relación con su espacio “local” puede ser tanto ambivalente como negativa para muchos activistas, un factor que tal vez no esté tan bien cuestionado en los debates existentes sobre las luchas basadas en el lugar. Hay una lógica clara para centrarse en la construcción de relaciones estratégicas en las comunidades locales, pero también existe el riesgo dada la potencialidad de la violencia. Un cuerpo de trabajo cada vez mayor de investigadoras como Julia Zulver (2016) etiqueta el feminismo de mujeres como estas como de “alto riesgo”, destacando específicamente los peligros que enfrentan para participar en la resistencia en contextos de alta violencia. Si bien esto, por supuesto, exige un interrogatorio más profundo de las condiciones estructurales y la economía política más amplia de la violencia (ver True, 2012), aquí deseo pensar en el espacio inmediato en el que actúan las mujeres y cómo esto afecta la posibilidad misma de acción (Hume y Wilding, 2020).

Para muchas mujeres que viven en los márgenes urbanos, este espacio local de acción, profundamente violento, es donde las activistas deben enfrentar la dominación de múltiples fuentes: dentro de sus hogares, de pandillas y otros actores violentos en sus comunidades, incluido el acoso y la colusión policial. a las agresiones y discriminaciones que enfrentan por parte de las burocracias estatales locales (ver trabajo de Neuman 2016; Fuentes 2020). La negociación constante entre una violencia altamente dinámica y multisituada que da forma y limita los espacios en los que actúan estas mujeres y cómo toman “decisiones estratégicas” exige nuestra atención tanto en términos de la temporalidad de la política del movimiento como de la estrategia dinámica que esto implica. En El Salvador, las mujeres con las que me he comprometido se organizan en sus comunidades locales en "ventanas ciudadanas" para promover el pensamiento crítico y acciones concretas para prevenir la violencia contra las mujeres y las niñas. Estos pueden variar desde procesos organizados de desarrollo de capacidades hasta acompañar a las mujeres a los centros de salud y las comisarías. Sus acciones están informadas por una política de solidaridad y las mujeres a menudo enfrentan amenazas de actores violentos locales. Las estrategias han cambiado a lo largo de los años en respuesta a las diferentes formas de dominación de los actores violentos locales, lo que en ocasiones ha requerido una resistencia más silenciosa y menos visible a medida que el control de los territorios se vuelve más restrictivo. Sus estrategias y “gramáticas políticas emancipatorias” son necesariamente adaptables y creativas dado el contexto en el que operan. Las mujeres se



resisten a pesar de todo. Se involucran y desafían al estado en múltiples niveles y forjan conexiones silenciosas con mujeres en otros vecindarios para construir solidaridad en todos los espacios. El llamado de atención de Munck a los procesos de transformación social realmente existentes a lo largo del tiempo, por lo tanto, es particularmente destacado en este sentido.

Una forma potencialmente fructífera de llevar esto adelante es explorar el potencial de estas gramáticas políticas emancipatorias más marginales y, en ocasiones, silenciadas para políticas radicales y emancipatorias. El trabajo de Cindy Katz (2004) llama la atención sobre los “pequeños actos” que pueden no desafiar abiertamente el poder hegemónico, pero pueden constituir un “intento de recalibrar las relaciones de poder” a través de un continuo de acciones. Estos pequeños actos pueden no ocupar un lugar central dentro de una gramática política emancipatoria articulada por algunos de los movimientos mejor investigados y de alto perfil. Constituyen quizás más una "política silenciosa":

Esta política silenciosa involucra las formas en que la toma de decisiones cotidiana de los individuos y las comunidades puede cambiar gradualmente, de manera episódica, las normas y los entendimientos hegemónicos dominantes, brindando nuevas oportunidades para el cambio social (Hankins, 2017: 503).

Atender estos actos políticos 'silenciosos' refuerza el recordatorio de Munck sobre la 'importancia del conocimiento subalterno latinoamericano para contribuir a la búsqueda actual de un orden social sustentable y equitativo'. atención a aquellas acciones de movimientos en contextos complejos y violentos que pasan desapercibidos o se consideran 'inaudibles'? De hecho, ¿hasta qué punto la investigación actual sobre movimientos sociales puede captar este trabajo como emancipador?

Atender a estos mosaicos de “pequeños actos” como políticos y escuchar las articulaciones más silenciosas del cambio pone en primer plano las acciones de estas mujeres como emancipadoras, lo que refleja su “voluntad política” y su “compromiso” de participar (Askins, 2015: 476). Es importante destacar que nos obliga a comprometernos con la "totalidad" de las relaciones que median la agencia. Esto es particularmente importante en contextos donde las fuentes de dominación son múltiples, como aquellos en los que las mujeres centroamericanas se organizan para desafiar la violencia.

Referencias

- Ahearn, LM (2001) Language and agency. *Annual Review of Anthropology* 30: 109–137.
- Askins, K (2015) Being together: Everyday geographies and the quiet politics of belonging. *ACME: An International E-Journal for Critical Geographies* 14(2): 461–469.
- Bilge, S (2010) Beyond subordination vs. resistance: An intersectional approach to the agency of veiled Muslim women. *Journal of Intercultural Studies* 31(1): 9–28
- Cumbers, A, Helms, G, Swanson, K (2010) Class, agency and resistance in the old industrial city. *Antipode: A Radical Journal of Geography* 42(1): 46–73.
- Fuentes, L (2020) The Garbage of Society”: Disposable Women and the Socio-Spatial Scripts of Femicide in Guatemala. *Antipode* 52 (6), 1667-1687
- Hankins, K (2017) Creative democracy and the quiet politics of the everyday. *Urban Geography* 38(4): 502–506.
- Hume M, Wilding P. Beyond agency and passivity: Situating a gendered articulation of urban violence in Brazil and El Salvador. *Urban Studies*. 2020;57(2):249-266.

- Katz, C (2004) *Growing Up Global: Economic Restructuring and Children's Everyday Lives*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Muñoz, L (2016) Agency, choice and restrictions in producing Latina/o street vending landscapes in Los Angeles. *Area* 48(3): 339–345.
- Neumann, P (2017) When laws are not enough: Violence against women and bureaucratic practice in Nicaragua. *Social Forces* 95(3): 1105–1125
- Wendt, AE (1987) The agent-structure problem in international relations theory. *International Organization* 41(3): 335–370.
- Wilson, K (2008) Reclaiming 'agency', reasserting resistance. *IDS Bulletin* 39(6): 83–91.
- Zulver, J (2016) High risk feminism in El Salvador: Women's mobilisation in violent times. *Gender and Development* 24(2): 171–185.

